



Soldados alemanes en un cabaré parisino. Arriba, Hitler en París junto a Albert Speer y Arno Breker

Y EN PARÍS SIGUIÓ LA FIESTA

ALAN RIDING CUENTA CÓMO LA VIDA CULTURAL Y NOCTURNA CONTINUÓ BAJO LA OCUPACIÓN NAZI Y RECONSTRUYE EL COMPORTAMIENTO DE ARTISTAS, ESCRITORES E INTELLECTUALES

Hace ya tiempo que el mito de la Resistencia francesa se desmoronó. El colaboracionismo y el instinto de supervivencia prevalecieron durante la ocupación nazi. Ensayistas como Robert O. Paxton o Herbert Lotman lo han contado. El descubrimiento de que François Mitterrand trabajó para el Gobierno de Vichy fue emblemático y un punto de no retorno. Ahora el periodista Alan Riding revela en *Y siguió la fiesta* que en el París ocupado la vida cultural y nocturna no se detuvo, sino que floreció, y rastrea cómo se comportaron los intelectuales, escritores y artistas franceses en los llamados «años oscuros», después de que el 14 de junio de 1940 la Wehrmacht entrara en la ciudad sin hallar resistencia.

París no estaba preparada para lo que se avecinaba. Los franceses creían de forma insensata que su Ejército detendría a Hitler. A finales de abril aún permanecían abiertos 105 cines, 25 teatros, 14 *music halls* y 21 cabarés. Inmediatamente después de la caída de París, la opinión general era que la vida cultural debía continuar. Y se reanudó muy pronto. Los músicos, actores y bailari-

nes necesitaban trabajar; a los alemanes les interesaba tener a los parisinos distraídos para dar sensación de normalidad; y el Gobierno de Pétain quería demostrar que Francia no había sido derrotada culturalmente.

Durante la ocupación los cabarets y los *music halls* hicieron un gran negocio, los cines y los teatros se llenaban. En París llegó a haber 102 clubes nocturnos y 49 cabarés solo en Montmartre. Los cines reabrieron sus puertas y en julio ya había un centenar funcionando. En 1943 se contabilizaban un 40 % más de espectadores que en 1938. Entre 1940 y 1944 se rodaron 220 películas en Francia. Las recaudaciones de los teatros subieron un 163 % entre 1941 y 1943.

Los alemanes disfrutaban en los burdeles y los cabarés, comían en restaurantes como Maxim's e iban a la ópera. No pocas actrices galas se dejaban ver en los clubes nocturnos del brazo de oficiales alemanes.

Los parisinos también se divertían. La guerra quedaba lejos.

¿Cómo vivían y qué hicieron los Sartre, Camus, Simone de Beauvoir o Picasso y los cientos de intelectuales y artistas que decidieron quedarse en París? ¿Y santones como Gide o Cocteau? Hubo de todo y la situación fue cambiante según los acontecimientos de la guerra. La mayoría de los artistas e intelectuales se acomodaron al

Durante la ocupación los cabarés y los «music halls» hicieron un gran negocio, los cines y los teatros se llenaban

yugo alemán. Había nazis notorios, como el repugnante y genial novelista Céline, que mucho antes de la invasión alemana había clamado por el exterminio de los judíos. Algunos como el célebre arquitecto Le Corbusier, que consideraba que los judíos se habían buscado su propia desgracia, se acercaron

miserablemente a Pétain para sacar partido. Unos cuantos se fueron apuntando a la Resistencia, como el comunista Aragon, Camus o Mauriac. Otros pretendieron quedarse al margen y que

la guerra no interfiriese en sus tareas creativas. «Por nada del mundo debe uno dejarse distraer de los asuntos serios por esa dramática frivolidad de la guerra», escribió en su diario Jean Cocteau, que en compañía de su joven amante, el actor Jean Marais, no se perdía una fiesta o acto cultural en los que coincidía con la autoridades alemanes. Colette, la escritora más popular del país, trató de mostrarse ajena a la ocupación hasta que su marido judío fue detenido.

Gide aplaudió el primer discurso de Pétain y publicó en la *Nouvelle Revue Française* que dirigía el fascista Drieu La Rochelle, aunque pronto se desmarcó. Sartre estrenó dos piezas teatrales y publicó tres libros durante la ocupación. En general, los escritores franceses estaban ansiosos por publicar aunque tuvieran que doblegarse ante la censura alemana.

Mientras, los nazis laminaban a los judíos del teatro, el cine, la cultura, la literatura o el arte, antes de liquidarlos físicamente; prohibían y quemaban miles de libros; y Göring esquilaba el tesoro artístico francés.

«LA MAYORÍA DE LOS INTELLECTUALES SE ACOMODARON»

Nacido en Brasil de padres británicos, Alan Riding cubrió durante los años 70 y 80 las dictaduras militares en América Latina y constató que sus élites culturales «solo en contadas ocasiones se vendieron a los dictadores». Destaca que «en Argentina bajo la junta había mucha menos alegría que en el París ocupado». Durante 12 años fue corresponsal cultural de *The New York Times* en Europa. Riding ha dedicado los últimos años a la investigación y la redacción de *Y siguió la fiesta*, un libro para el que ha recabado numerosos testimonios.

—¿Cómo era la vida cultural y nocturna en el París ocupado?

—Elegí este título porque todo el mundo, los alemanes, el Gobierno colaboracionista de Vichy y hasta los artistas querían que la vida cultural se normalizara. Claro, hubo *limpieza*, se prohibió a los judíos que aparecieran en los palcos, tocar en una orquesta o publicar sus libros y, además, toda expresión cultural tenía que pasar por la censura para eliminar lo que podría ser visto como projudío o probritánico o, por supuesto, antialemán. Pero, efectivamente, siguió la fiesta con nuevas películas, piezas teatrales, libros, composiciones musicales, conciertos, óperas, cabaré y *music hall*. Todo el mundo estaba contento, los alemanes veían a los franceses distraídos; Vichy creyó así demostrar que Francia no había sido derrotada culturalmente; y los artistas y escritores tenían trabajo para poder sobrevivir.

—¿Hubo muchos intelectuales, artistas, actores, cantantes, que se opusieran a la ocupación, que fueran resistentes activos? ¿O la actitud mayoritaria fue acomodarse a la situación?

—Entre los artistas, escritores e intelectuales franceses había una minoría que desde los años treinta eran de extrema derecha y muchos de ellos vieron la ocupación como una victoria ideológica suya. Al mismo tiempo, hubo muy pocos que, desde los primeros momentos de la ocupación, en junio de 1940, decidieron oponerse activamente a ella. Entonces, como usted sugiere,

la mayoría buscó acomodarse, no necesariamente colaborando con el enemigo, pero tampoco asumiendo riesgos al oponerse. Así que la actitud predominante fue de *attentisme*, es decir, vamos a esperar a que los aliados lleguen a liberarnos. Pero hay que reconocer que, sobre todo después de la derrota alemana a Stalingrado, en febrero de 1943, cada vez más artistas y sobre todo escritores empezaron a participar en la Resistencia porque la ocupación ya no se veía como eterna.

—¿Asumieron su responsabilidad histórica los intelectuales?

—En el momento de la liberación de París, el 25 de agosto de 1944, había suficientes escritores e intelectuales en la Resistencia para salvar su honor. Al mismo tiempo, el hecho de que actuaran en la clandestinidad, publicando artículos anónimos o firmados con seudónimos atacando a los alemanes, hacía que poca gente supiera de su actividad. Después de la liberación, asumieron la responsabilidad de juzgar a las figuras del mundo cultural que habían colaborado, por una parte para castigar a los *malos* y, por otra, para señalar a los franceses *buenos* y que ellos, los *buenos*, eran los verdaderos representantes de la intelectualidad francesa.

—¿Es cierto que algunos intelectuales como Sartre o Camus, organizaban fiestas en las que se emborrachaban?

—En los últimos meses de la ocupación un grupo de artistas y escritores bien conocidos del barrio de Saint-Germain-des-Prés organizaban fiestas, usaban la palabra castellana, en las que no faltaba el vino y que duraban toda la noche, ya que no podían salir durante el toque de queda. Picasso y Dora Maar estuvieron presentes en algunas; Camus, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y el gran fotógrafo Brassai estaban entre los que más les gustaban estas parrandas.

—¿Por qué los nazis dejaron en paz a Picasso?

—Picasso entró el Partido Comunista Francés después de la liberación, pero ya era un cono-



Riding fue corresponsal cultural de «The New York Times» en Europa, con sede en París



ENSAYO
«Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis»

Alan Riding. Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores. 512 páginas 25 euros.

«Camus, Sartre y Simone de Beauvoir estaban entre los que más les gustaban las fiestas, que duraban toda la noche»

cido enemigo de Franco. Picasso asumió serios riesgos al rechazar invitaciones de refugiarse en Estados Unidos o México y optar por quedarse en París. Pero al mismo tiempo, ya era reconocido como el artista moderno más importante de Europa y, aunque los alemanes consideraban su arte como degenerado, hay que presumir que decidieron que no sería bueno para su imagen arrestar a este genio. E incluso entre los alemanes, tenía sus admiradores, entre ellos el gran novelista Ernst Jünger, en aquel momento capitán en el Ejército alemán con base en París.

—¿Cómo se comportó Sartre?

—Al parecer, en ese momento, Sartre se interesaba más por su obra que por la política. Así que, durante la ocupación, publicó tres libros y estrenó dos piezas teatrales con la aprobación de los alemanes. No se le puede considerar colaborador porque también publicó un par de artículos anónimos en periódicos clandestinos. Lo genial de Sartre es que, después de la liberación, creó la narrativa de la Resistencia, le dio una forma épica y se hizo su vocero. Y eso le convino al general De Gaulle, quien para ganar un lugar entre los aliados victoriosos tenía que demostrar que Francia sí resistió, aparte de unos pocos «malos», que fueron pronto ejecutados.

—¿Cree, como Eden, que quien no ha pasado por los horrores de una ocupación por parte de un ejército extranjero no tiene derecho a pronunciarse sobre lo que hace un país que sí ha pasado por ello?

—Como británico, muchas veces he oído a mis compatriotas hablar mal del comportamiento francés durante la batalla de Francia y la ocupación. Pero,

desde 1066, nunca han conocido una ocupación extranjera, así que, por esta razón, comparto la opinión de sir Anthony Eden, el ministro de Asuntos Exteriores de Churchill durante la guerra. Podría hasta decir que sus palabras me guiaron en mi libro: traté de describir y no de juzgar. —El descubrimiento de que Mitterrand fue colaboracionista y luego resistente indica que, como usted dice, no se puede hacer una foto fija de la ocupación.

—Durante los primeros 18 meses de la ocupación, Mitterrand era prisionero de guerra en Alemania. Después de escapar del campo de detención, fue a Vichy para trabajar con el Gobierno colaboracionista en su programa para ayudar a los prisioneros de guerra. Pero en 1943 se separó de Vichy y entró en la Resistencia, lo que le permitió participar en el primer Gobierno después de la liberación. En este sentido, Mitterrand era como muchos franceses: empezó acomodándose con la ocupación y más tarde simpatizó con la Resistencia.

—Ha dicho que los franceses convivieron con los nazis como los españoles con Franco.

—Los paralelismos históricos son siempre peligrosos, pero el hecho es que, frente a un régimen totalitario o autoritario o bajo una ocupación militar, la población no puede hacer mucho. El paralelismo que se puede hacer es que en ambos casos la población no creía que sin ayuda exterior podría derrotar al opresor. Entonces la opción más sensata parecía aprender a coexistir. Pero los franceses tuvieron suerte y fueron liberados después de apenas cuatro años. Los españoles tuvieron que esperar más de 35 años.